

No sé si a Küng se le puede tratar de modernista, pero lo cierto es que leyendo el artículo de José Miguel Gamba (*Verbo* 455-456), me recordó al teólogo al leer: “No niega abiertamente ningún dogma. Un modernista y un fiel [...]. Ambos conocen lo mismo, pero para uno el magisterio es un especie de novela, mientras que para el otro es más cierto que un tratado científico.” (pág. 412).

Las memorias, como he dicho, son en buena parte un rosario de lamentaciones y la muestra de la frustración del autor, de por qué el Concilio Vaticano II no se desarrolló como él quería y se plasmó en unas conclusiones y documentos conservadores y conectados con la Tradición de la Iglesia. En este caso, son a la vez tristes e irritantes. Tristes porque dan la sensación de alguien que sigue sin encontrar su camino, e irritantes por ese empecinamiento en modificar el pasado para justificar una vida en nombre de la libertad de conciencia.

ANTONIO DE MENDOZA CASAS

### *Joseph Ratzinger: “MIREMOS AL TRASPASADO”* (\*)

El título del libro – *Miremos al traspasado* – ya nos está indicando su argumento, pues la lanza del soldado nos pone al descubierto el corazón herido de Cristo que no es sólo un órgano físico vital sino también el centro de toda su vida interior donde radican sus sentimientos, afectos, ideales, etc. Por eso, ha sido llamado como *el misterio de los misterios*.

J. Ratzinger nos proporciona, en la primera parte del texto, una magnífica teología de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, titulada “Fundamentación teológica de la cristología espiritual”, seguida de dos apartados que prolongan el desarrollo teológico

---

(\*) Fundación San Juan, Madrid, 2007.

anterior para explicarnos, por un lado, la relación entre comunión, comunidad y misión y, por otro, las fuentes de esta relación que centra en la eclesiología a través del itinerario eucaristía-cristología-eclesiología.

En la segunda parte, presenta tres desarrollos meditativos denominados La Pascua de Jesús y de la Iglesia (Meditación del jueves santo), El cordero redimió a las ovejas (Meditaciones sobre la simbología pascual) y Cristo el Liberador (Una homilía pascual).

Explica el Papa las causas de la crisis de la devoción al Sagrado Corazón que tuvo lugar, ya en el siglo XIX, principalmente en Europa "... cuya espiritualidad, cercana al tipo clásico de la liturgia romana, significó, no obstante, un alejamiento decisivo de la piedad fuertemente afectiva del siglo XIX y su simbolismo..."

Este dualismo peligroso entre piedad litúrgica y devoción parecía definitivamente superado con la encíclica *Haurietis aquas* publicada el 15 de mayo de 1956 por Pío XII, que contenía una completa exposición teológica de la devoción al Sagrado Corazón. En efecto, en ella se pone de manifiesto que la imagen del costado abierto de Jesús, de la que emana sangre y agua, es, de nuevo, la imagen pascual que mejor invita a meditar las palabras proféticas de Zacarías "*mirarán al traspasado*".

Sin embargo, surgieron dos objeciones:

- No aparece en los textos bíblicos escogidos para fundamentar dicha devoción la palabra "*corazón*" por lo que, por sí mismos, no pueden fundamentar que el corazón de Jesús es el centro de la imagen pascual.
- ¿No es superflua la devoción al Sagrado Corazón en vez de contemplar el misterio pascual allí donde se realiza directamente el *misterio*, es decir, en los sacramentos, en la liturgia de la Iglesia? Porque la devoción al Sagrado Corazón parecía, si no necesaria, al menos muy útil con el endurecimiento de la liturgia. Pero cuando la liturgia se renueva en el Concilio Vaticano II, la devoción al Sagrado Corazón comienza a decaer sensiblemente.

El Papa desmonta magistralmente estos dos aparentes escollos centrándose, en primer lugar, en la segunda cuestión, pues, no cabe duda que de nada serviría encontrar determinados textos bíblicos en los que aparecieran alusiones directas al *corazón* de Jesús, si antes no se ha demostrado la utilidad de su devoción.

Ratzinger asegura que sólo una errónea comprensión del Vaticano II puede llevar a la conclusión de que todo lo realizado antes de la reforma litúrgica había sido anulado.

En su explicación de la *Haurietis aquas* comienza por mostrarnos que la encíclica desarrolla una antropología y teología del cuerpo en la que se fundamenta la devoción al sagrado corazón. En efecto, parte de la afirmación de que el cuerpo no está exteriormente al espíritu sino que es su auto expresión, su “imagen”; es decir, es constitutivo de la persona humana. Y, porque el cuerpo es la visibilidad de la persona y la persona es la imagen de Dios, por eso el cuerpo, en todo su ámbito de relaciones, es el espacio en el que se refleja, deviene visible y decible lo divino. Por eso, la Biblia, desde el inicio, ha representado el misterio de Dios desde las imágenes del cuerpo y desde el mundo ordenado al cuerpo.

En la encarnación del Logos, sigue diciendo Ratzinger, se cumple lo que en la historia bíblica estaba en camino desde el inicio....Por una parte, puede tener lugar la encarnación, porque la carne es desde siempre la forma de expresión del espíritu y así ella es el posible hogar de la Palabra. Por otra, sólo la encarnación del Hijo da al hombre y al mundo visible su sentido definitivo.

De esta forma, el Papa nos conduce a la teología de la Encarnación como fundamento de la devoción al sagrado corazón: “La encarnación no existe para sí misma...ella tiende hacia la trascendencia y por tanto a la dinámica del misterio pascual. Ella se funda en que Dios, por su amor paradójico, se trasciende hacia la carne y, por tanto, en la pasión del ser hombre. En ese trascenderse de Dios sale a la luz, a la inversa, aquella otra trascendencia interior y constitutiva de la creación...El cuerpo, por sí mismo, es movimiento de trascendencia hacia el espíritu y el espíritu es movimiento de trascendencia en y hacia Dios”.

Y, a partir de esta teología de la encarnación, Ratzinger nos

muestra como la encíclica ve plasmado este movimiento de trascendencia en el incrédulo Tomás que necesita ver y tocar para creer; pone su mano en el costado abierto del Señor y, ahora, en el contacto físico, reconoce lo intangible....; contempla lo invisible y, no obstante, lo ve realmente: “Señor mío y Dios mío”.... Todo se orienta hacia el misterio de la Pascua.

Concluye el Papa que la teología del cuerpo que propone la encíclica es, a la vez, entonces, una apología, una defensa del corazón, de los sentidos y del sentimiento, también y precisamente en el ámbito de la piedad.... Piedad sensible es piedad en el sentido de la divisa del cardenal Newman: “cor ad cor loquitur” (el corazón habla al corazón).

En segundo lugar, Ratzinger nos demuestra que “corazón” , cuyo concepto acaba de exponer, encuentra también como vocablo un apoyo igualmente fundamental en la Biblia y en la tradición. Nos recuerda que en el Antiguo Testamento se habla 26 veces del corazón de Dios, que es visto como el órgano de su voluntad. Pero él escoge el capítulo 11 del libro de Oseas, afirmando que allí el tema del corazón aparece de un modo muy claro y en el que, además, la autotranscendencia del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento es tan evidente que difícilmente se la puede negar. A pesar de que el pueblo de Israel no corresponde al amor incansable de Dios, Él se compadece del pueblo esclavo: “¿Cómo voy a dejarte Efraín, cómo entregarte, Israel?... Mi corazón se vuelve contra mí y mi pasión se quema...”. (...) El corazón traspasado del crucificado es el cumplimiento literal de la profecía del corazón de Dios que trastoca su justicia por compasión....”.

Concluye el autor explicando que, aunque en la patrística no se usaba el término “Corazón de Jesús”, no obstante, el fundamento de su veneración al sagrado corazón se deduce a partir de lo que podría llamarse su “teología y filosofía del corazón”. No hay que olvidar que, en aquel entonces, estaba muy presente la filosofía platónica que consideraba el cerebro como el centro del hombre. Sin embargo, la contraposición entre la filosofía platónica y estoica permitió a los Padres, a partir de la Biblia, una nueva síntesis antropológica.

La antropología platónica distinguía entre potencias o capacidades específicas del alma, ordenadas jerárquicamente: intelecto, voluntad, sensibilidad. Por su parte, el estoicismo pensaba que el hombre es un microcosmos, configurado por una chispa del fuego divino, denominado *logos*, que rige el proceso de las funciones vitales. Y de la misma forma que se identificaba el sol como el centro del macrocosmos –“*el corazón del cosmos*”– se situaba, en el caso del microcosmos humano, la chispa de fuego original en el corazón; puede así decirse que el corazón es él “*logos en nosotros*”. Es decir, *en el corazón es donde sucede el nacimiento del Logos divino en el hombre, la unión del hombre con la palabra de Dios personal y hecha hombre.*

Esta última idea, la unión del hombre con la palabra de Dios, es el punto final de la exposición teológica del Papa, aunque, también, es el punto del partida. Esta idea, que emplea al Papa en muchos de sus escritos y alocuciones, me parece el verdadero hilo conductor de todo el libro. Es tan crucial, que Ratzinger le dedica una gran parte del libro, la primera, que titula “Eclesiología”, como señalamos al principio.

Pues bien, Ratzinger desarrolla esta idea a través de un razonamiento escalonado en 7 tesis. Se diría que él también ha querido acercarse al corazón de Jesús atravesando con su ciencia teológica todas las capas tras las que se oculta el *misterio de los misterios*.

Es interesante observar que el autor utiliza como fuentes de sus tesis –aparte, claro está de la Biblia– los Concilios de Calcedonia (457) y III de Constantinopla (680-681). Esto se explica porque el autor nos va mostrando consecutivamente que:

1. El centro de la vida y de la persona de Jesús es su comunicación con el Padre.
2. Jesús murió rezando y transformó la muerte en una glorificación de Dios.
3. La participación en su oración, por lo dicho en 1, es el presupuesto para conocer a Jesús.
4. La comunión con la oración de Jesús incluye a todos los hermanos, es decir a la Iglesia, verdadero sujeto del conocimiento de Jesús.

5. En los primeros concilios se definió que Jesús es el verdadero Hijo de Dios y, por la encarnación, verdadero hombre, que no es otra cosa sino la interpretación de la vida y muerte de Jesús, siempre determinadas por su diálogo con el Padre. Por tanto, no es posible separar u oponer una cristología dogmática y otra bíblica.
6. El III concilio de Constantinopla es esencial para una correcta comprensión de la unidad interior de teología bíblica y dogmática definidas en el concilio de Calcedonia.
7. El método histórico crítico y otros métodos científicos son importantes para la comprensión de la Sagrada Escritura y de la tradición pero sólo la hermenéutica de la fe es la única capaz de conservar todo el testimonio de las fuentes.

En resumen estamos ante una obra esencial para todos aquellos que pretendan conocer y/o transmitir las razones teológicas de la devoción al Sagrado Corazón, actualizadas por quien, como J. Ratzinger, posee una indiscutible autoridad en la materia.

LUCIO LIAÑO